Grupos
Vida y contemplación

Sugerencias

4ª Sugerencia

Navidad 2015

EN MARÍA PUDO NACER JESÚS

Introducción:

El pueblo de Israel esperaba la llegada de El Mesías, el Salvador. Dios quiso nacer entre nosotros, en nuestra tierra, en Belén. La Promesa de Dios desde tiempo inmemorial se iba a cumplir en una virgen sencilla y humilde.

"El pueblo que caminaba en tinieblas
vio una luz intensa.
Sobre los que vivían en tierra de sombras
brilló una luz.
Acrecentaste el gozo,
hiciste grande la alegría" *(Is 9,1-2a).*

¿Qué circunstancias se dieron para que en María pudiera nacer Jesús?

1.- EL SI DE MARÍA

En María pudo nacer Jesús por su disponibilidad. Dios llama siempre a la puerta antes de entrar. Dios llamó a la puerta de María. Ella fue un si total, una disponibilidad absoluta. Dios quiso entrar en nuestro mundo llamando a la puerta. Sí, quiso llamar y que una mano acogedora le abriera la puerta de nuestra tierra. María fue esa joven, escogida por Dios para que le abriera la puerta. Ella, ante Dios, que llama para nacer entre nosotros, responde con un sí, infinito y humilde. María fue el sí que abrió nuestro mundo, nuestra humanidad, a la llegada de Dios entre nosotros.

María fue el sí de la humanidad para que Dios se encarnara.

REFLEXIÓN:

¿Vivo yo esa disponibilidad de María con mis puertas abiertas para que Dios entre en mi vida?
¿Vivo yo en esa disponibilidad de abrir constantemente la puerta al Señor?
¿Tengo alguna puerta de mi casa cerrada al Señor?
¿Noto que me sale un sí, infinito y humilde, para que nazca Jesús en mi vida, en mi corazón, en mis gestos?

Dios necesita nuestro sí para nacer en nosotros. María, fue la puerta por donde Dios quiso entrar. Ella fue el primer hogar que acogió a Jesús. Y nosotros, con su sí, aprendimos que sólo con ese mismo sí, latiendo en nuestro corazón como un eco que suena año tras año, volverá a transformarnos en nuevo hogar donde nacer Jesús.

2.- El silencio de la noche

Otra circunstancia que se dio en el nacimiento de Jesús fue el silencio de la noche. Cuando vivimos en medio del ruido, hay alboroto y distorsión. Difícilmente se ve algo grande y profundo en el desasosiego y el ruido.

"Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía
y la noche se encontraba en la mitad de su carrera,
tu PALABRA OMNIPOTENTE,
cual Implacable guerrero,
saltó del cielo, desde el trono divino,
en medio de la tierra condenada al exterminio"
(Sab 18,14-15).

Jesús nació en medio del silencio de la noche. Todo se hizo grande y pequeño aquella noche. Todo fue acogida y asombro. Hasta el silencio se hizo más denso y la oscuridad más amplia: *"Cuando todas las cosas estaban en silencio vino, oh Señor, tu Palabra Todopoderosa"* (cf Sab 18,14-15).

El silencio es armonía, paz, acogida. María escuchó la Palabra en silencio. Jesús nace en medio del silencio de María y del silencio de la noche. Solo el silencio acoge y escucha la Palabra. Solo el silencio encarna la Palabra y la expresa.

En nuestro silencio nace Jesús. Que grande y profundo es el silencio cuando es elocuente. Cuando nos habla sin palabras. En el silencio de nuestro corazón y en la noche callada de nuestra mente brotará la Palabra eterna e infinita..., nacerá Jesús.

REFLEXIÓN:

¿Busco yo el silencio...?
¿Lo valoro en mi vida...?
¿En mis ratos de oración percibo la presencia elocuente de Dios?

Sólo el silencio nos abre a la profundidad de nuestro ser. Ahí, en la hondura de su ser, el silencio habla y nace Jesús; la palabra de Dios siempre es elocuente cuando el ruido calla. Por eso, cuando el silencio es tan grande, tan fuerte, tan denso Dios nos habla.

El silencio se aprende, se desarrolla y se vive. El silencio plenifica y nos abre al Señor. En el silencio de la noche nace Jesús. Vivamos en silencio, en ese silencio que es hogar y comunión con Jesús. María fue silencio, silencio acogedor. María fue un hogar silencioso donde nació Jesús.

3. La humildad de María

Otra circunstancia del nacimiento de Jesús fue un hogar pobre y humilde.
"Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2,12).

Jesús nace en una cueva, a las afueras de Belén, porque no había sitio en la posada. No había sitio. Los pobres no tienen sitio. A los pobres se les ignora, se les da de lado. A José y María se les cerraron las puertas de la posada porque eran pobres.

La cueva de Belén se convierte en el hogar donde nace Jesús. El Señor de la gloria, el creador del universo, cuando quiere entrar en nuestro mundo se encuentra con que hay puertas cerradas. Las puertas que dentro encierran actitudes autosuficientes, orgullosas, y que se bastan a sí mismas, están cerradas para Jesús, ahí no cabe Jesús, no puede nacer.

La puerta de la cueva está abierta. Ni siquiera había puerta. Era puro hogar hendido en la roca, como esperando que alguien entrase y se cobijase. Jesús nace en un hogar pobre y humilde. Ese era el hogar de la cueva y ese era el hogar de María y José. Dios nace en lo pobre, en lo simple, en lo vulgar e inaparente. Jesús es reconocido porque está recostado en un pesebre. Como el más pobre de los hombres. Ha querido ser el último, nacer en lo humilde y desnudo de

la tierra. Sin llamar la atención. Jesús nació en ese hogar grande y pequeño que fue María y José.

REFLEXIÓN:

¿Voy por la vida con pisadas de pobre y humildemente?
¿Soy yo tan pobre y tan humilde que en mí pueda nacer Jesús?
¿Cómo fomentar una actitud sencilla, pobre y humilde en mi vida diaria?

A veces nos cuesta bajarnos de nuestro pedestal, de nuestra autosuficiencia y orgullo. Así nos alejamos de Dios e impedimos que nazca Jesús. Es necesario vivir en la simplicidad y la humildad. Ir por la vida con pisadas de pobre. Sin grandes pretensiones y conquistas. Como quien busca desaparecer. Ahí, en la inapariencia de mi vida, en su sencillez y pobreza, nacerá Jesús. Solo en esa sencillez y humildad estarán siempre las puertas abiertas, y Jesús podrá entrar. Por eso, en el vacío y sencillez de mi vida se irá poco a poco creando un clima y un hogar donde Jesús podrá nacer.

Permitid a Dios que se encarne en nuestra vida

Permitid a Dios
que se encarne
en vuestros ojos,
en vuestros labios,
en vuestras manos,
en los pasos de vuestros pies,
pero, sobre todo, que se encarne
en vuestro corazón.

Permite a Dios
que se encarne en todo tu ser
y que mire a través de tus ojos,
que hable a través de tus labios,
que acaricie a través de tus manos,
que camine a través de tus pasos.

Permite a Dios, sobre todo,
que se encarne en tu corazón
y que su bondad y ternura divina
se derramen a través de tu corazón.
Permite a Dios,
que sea el centro y el todo
de tu alma,
y se encarne y se irradie
en tus gestos, en tus palabras,
en tus miradas, en tus silencios,
en cada paso de tus pies
y en toda expresión de tu persona.

Señor, siléncianos…
Señor, vacíanos…
Señor, llénanos…

En este año de la misericordia le damos gracias a Dios porque ha derramado continuamente su bondad, su luz y su presencia en nuestras personas y en nuestras vidas.

Feliz Navidad